

Los padres de los hijos de ese matrimonio son don Juan Carlos y doña Alicia. Tienen una hija llamada María Auxiliadora que se graduó en un colegio de la ciudad de Cuenca.

INSPECTORIA SALESIANA

"MARÍA AUXILIADORA"

CUENCA—ECUADOR



Cuenca, a 17 de Junio de 1972.

Hoy precisamente, se cumplen los 30 días de la partida para la eternidad de nuestro querido hermano coadjutor

JOSE AURELIO SOLIS ORTIZ

Nos encontrábamos en el trajinar fervoroso de preparación a la fiesta de María Auxiliadora. Este año revistió particular solemnidad con la inauguración del nuevo santuario.

El Sr. Solís se encontraba con nosotros, en esta Casa Inspectorial de Cuenca desde poco más de un mes... y se nos fue a celebrar la fiesta en el templo incomparable de la gloria.

Que unido a todos los miembros ya triunfantes de la Familia Salesiana nos obtenga del Padre el poder llenar con plenitud la nueva dimensión de consagrados de nuestro siglo con el genuino estilo de los hijos de Don Bosco.

Los hitos que jalonan la vida de este hermano son apenas perceptibles y rastreables gracias a los formularios oficiales de la Congregación. Todos los datos recogidos de los hermanos que lo conocieron se resumen en un común y acorde consenso testifical de su entrega serena y sencilla, sin discordancia alguna en la vida comunitaria.

Insertado siempre en ella con solidaridad ejemplar y edificante, vivió su donación victimal de consagrado sin más exigencia ni notoriedad que la labor humilde del trabajador en la tierra de las misiones del Oriente Ecuatoriano. Vivió en el Vicariato 50 años, instrumento de la Providencia para dar a los jibaritos de Cuchanza el pan material y el mensaje eloquiente de su trabajo silencioso y de su sonrisa continua.

Nace el dos de Agosto de 1892 en Pampa Grande (Déleg), Sígsig, Provincia del Azuay. Su padre, Aniceto Solís. Su madre, Serafina Ortiz consagró a su hijo desde los primeros años a la Virgen del Rocío, venerada en la iglesia-santuario de Biblián.

Soldado ya a los 17 años, militó en las filas de los ejércitos de Eloy Alfaro, tomando parte en la batalla de Yaguachi.

A los 22 años se había presentado a los PP. Redentoristas para hacerse religiosos.

Llamó después a las puertas de la Casa Salesiana de S. Francisco de Cuenca. El P. Capelli que lo recibió en el locutorio le abrió las puertas de la Congregación con estas palabras que el Sr. Solís recordará toda su vida: "Entra, hijo mío, entra". Hizo su aspirantado en Cuenca.

Salesiano de los primeros tiempos, su vida lleva impreso el sello de la fidelidad, de la donación incondicional, sin ulteriores perspectivas, ajenas a una vida activa de entrega silenciosa.

Hizo el Noviciado con Mons. Santiago Costamagna (1.915).

Su Profesión Perpetua está firmada por Mons. Domingo Comín, Matías Buhil, y Albino del Curto (25 de Julio de 1920).

Indanza (1922-26) supo de las primicias de su apostolado misionero. Obrero-campesino en todo el sentido material de la palabra, como tantos de nuestros abnegados misioneros de la primera hora, su trabajo en la huerta, y en las plantaciones de arroz, las primeras en el Oriente, hacen pensar en el marcado contraste entre su labor llana y sencilla y el escenario majestuoso del Valle del Indanza.

Desde 1926 hasta 1932 formó parte de la Comunidad de Gualاقuiza, cuna de las misiones del Oriente Ecuatoriano.

En 1933 recibió carta de obediencia para Cuchanza. Y allí vivió hasta 1971, en que salió enfermo. Volvió después de unos meses pasada la operación en Quito, por última vez.

El internado de Cuchanza con sus chacras de maíz y de arroz, que trepan por las empinadas vertientes de las estribaciones orientales de los Andes Ecuatorianos, con sus pastizales, su tejería, su piladora de arroz, su primitiva y elemental instalación hidráulica y su capillita de madera, estilo nórdico, recibió y gozó la riqueza de su labor pastoral y misionera.

50 años de vida verdaderamente escatológica, con resonancias de eternidad, en el silencio majestuoso de la selva. Vida de misionero, segregado del mundo civilizado (sin carretera y sin avión) por las moles de las montañas gigantes; pero discurriendo siempre, monótonamente rumorosa de plegarias y de ofrendas, hacia la Casa del Padre y de los hermanos que esperan... como las aguas del Paute que desde el fondo de la garganta llenan los ambientes del Internado de Cuchanza y los espacios solemnes de sonidos grandes y claros.

El testimonio de su vida es poco popular en nuestros días, por su carisma de sembrador de sonrisas que tamizaban el verterse de su alma naturalmente buena. Su dedicación a un trabajo sin dimensiones ni brillo humano, aceptado con actitud servicial de simplicidad candorosa trae a la memoria y hace actual la otrora llamada infancia espiritual.

Dos operaciones en Quito a los 80 años dejaron su cuerpo maltrecho, pusieron a prueba su abnegación y su silencio dando a su vida de sufrimiento más acusado distintivo de inmolación sacrificial.

En la casa de Paute comenzó el curso escolar 1971-72, que señala con evidencia el ocaso de su vida.

Muy delicado ya de salud y extremadamente débil vino a Cuenca en los primeros días de Abril de 1972. Sucesivos reconocimientos de especialistas y, finalmente, el diagnóstico definitivo que emplaza su vida para el término máximo de 20 días. Se trataba de un tumor en el estómago. Una pinta de sangre, suero, medicinas, calmantes, no fueron sino atenuantes en el intento ineficaz de prolongar su vida.

Su plegaria favorita, "Dios de amor, Dios de amor", la escuchamos todos de sus labios en las horas lentas de dolor. Sus rosarios, noches y días sin dormir, se sucedían en expresión de fe mariana recordando a la

Madre del cielo a superiores y hermanos de Cuchanza, de Paute, de la Inspectoría, de la Congregación.

Integrado siempre en la Comunidad sin disonancias ni fricciones, quiso terminar su peregrinación sin molestias. Los días de la novena y de la fiesta que se avecinaba eran de programa denso. Los hermanos de la Casa se habían repartido turnos para acompañarle durante la noche que pensábamos sería la última de su vida. Esta se apagó calladamente en los primeros mintuos de la primera vela a las 9 p.m., sin agonía, sin estridencias, en sintonía perfecta con la tonalidad peculiar de toda ella: toda su vida fue de alegre y plácida quietud. Era signo y testimonio la sonrisa siempre a flor de labios.

Hermanos, que la plegaria del Sr. Solís por la Congregación, por los hermanos, por la Iglesia, en las horas posteriores de su inmolación, sean de incentivo poderoso y eficaz para empeñarnos en un compromiso más a fondo en nuestra vida de apostolado salesiano y misionero.

P. Domingo Barrueco.
DIRECTOR.